

RAÚL VICENTE

Hermano fuego

*Percances, alegrías y sinsabores
de un bombero forestal*

ÍNDICE

NOTA DE LOS EDITORES, 7

Azul, 11

Buscando emociones, 14

La bestia, 18

Dejen paso a los profesionales, 21

La BRIF de Daroca, 24

¡Yo aquí no aguanto!, 27

Dolor I, 31

Mi primer incendio, 33

Lecciones aprendidas, 37

No acertar, 38

¿Peñalba, por favor?, 41

Dolor II, 43

La Paradoja de la Extinción, 44

A los incendios con mantas, 46

Dolor III La Riba, 48

Cuando se buscan culpables, 50

Con el corazón solo no vale, 54

Tierra quemada, 57

De inversiones térmicas y otras faenas, 59

Dolor IV y V, 62

Los contrafuegos se hacen con tiempo I, 64

Los contrafuegos se hacen con tiempo II, 68

Ambiente de fuego, 75

Pavesazos, 77

Del ataque a la defensa, 79

Un paso de gigante, 81

Fuegos celtas, 83

Hacia ninguna parte, 86

Dolor VI y VI Horta, 90

El incendio, 91

Volver a nacer, 98
Espinass, 100
Jaulín. Cuando está en tu mano, 102
De lo que pasa y lo que queda, 107
El debate de los refugios ignífugos, 113
Agua, 116
Dolor VIII y IX Alcorisa, 119
El pinar de Daroca, 122
Sentir las estrales, 124
De cortafuegos y cabras, 126
Dolor X Cortes de Pallás, 129
El incendio del Moncayo, 133
El enigma de los cipreses ignífugos, 135
Los incendios que van, 138
Y los incendios que vienen, 141
No hay de qué, 143
Cuidar el suelo, 146
La raíz del problema, 148
Entender el dolor I, 152
Entender el dolor II, 155
Pirofelicidad, 158
Hermano roble, 160
Caracoles, 165
Tú eres el rey de la seguridad, 167
Qué pasó en Horta, 172
Nos salvó la A, 175
Dolor XI, 177
El buen combatiente, 178
Para hacer un rap, 181
Currículum vitae, 183
El larguísimo camino para dignificar una profesión, 185
Y llegó la huelga, 189
Bomberos forestales, 194
Cultura del riesgo, 197

| |
|---|
| Incendios vs. Emergencias, 199 |
| Elogio al batefuegos, 202 |
| Necesitamos ayuda, 204 |
| Dolor XII, 206 |
| Pastores del fuego, 208 |
| Chistau, 212 |
| Se buscan pastores del siglo XXI, 214 |
| Para no olvidar, 218 |
| 69 escalones, 220 |
| Factor humano (o de cómo cuidarnos mejor), 222 |
| Año diez, 225 |
| De reparación y Justicia , 228 |
| «Malvenidos» al Antropoceno, 230 |
| El mundo arde (y nunca lo había hecho antes así), 234 |
| Daroca 2050, 239 |
| Volar con <i>bozo</i> , 242 |
| La Gran Derrota, 244 |
| De cortafuegos, cabras... y consumidores, 246 |
| Construir el vínculo, 249 |
| Mi bosque y yo, 252 |
| Hermano fuego, 255 |

EPÍLOGO

| |
|---|
| La extinción de los incendios forestales en España, 259 |
|---|

ANEXO

| |
|---|
| Seguridad en los incendios forestales, 265 |
| Diez normas de combate en incendios forestales, 267 |
| Dieciocho situaciones de atención en incendios forestales, 268 |
| Protocolo OACEL, 270 |
| Situaciones comunes en accidentes mortales por atrapamiento en España, 271 |

| |
|----------------------|
| Agradecimientos, 273 |
|----------------------|

NOTA DE LOS EDITORES

La mayoría de nosotros descubrimos a Raúl por un vídeo en el que defendía su actuación ante una comisión de investigación en el Parlament de Catalunya, tras el fatídico accidente del incendio de Horta de San Joan en 2009.¹

Para muchos fue y es un ejemplo de profesionalidad y de humanidad. Yo tuve la fortuna de conocerlo en persona y, en la primera ocasión que surgió, osé a preguntarle si no había pensado en escribir sobre todo aquello. Así germinó este libro, en una castiza tasca de Lavapiés; aunque el relato había empezado mucho antes.

El trabajo en incendios forestales resulta muy duro físicamente debido al calor y al esfuerzo que requiere la propia extinción: desplazarse por terreno escarpado, con un equipo pesado, sofocar las llamas, cortar y eliminar vegetación... Pero, aunque sorprenda, es todavía más exigente mentalmente. El riesgo continuo y la necesidad de tomar decisiones rápidas, junto a la fatiga y el celo por salvar el monte (o los bienes), nos somete a un estrés continuo.

La presión se incrementa aún más cuando hay personal bajo tu responsabilidad. Raúl es técnico de brigada helitransportada y tiene a su cargo dos cuadrillas (siete especialistas más un capataz por cada una). En cuanto hay aviso de incendio, se preparan y embarcan rápidamente en sus helicópteros que les trasladan hasta el lugar del incidente. Allí deben ponerse en contacto con la Dirección de Extinción, recibir instrucciones, decidir donde

¹ Recomendamos ver la «Comparecencia del técnico de BRIF Daroca sobre el IF de Horta de Sant Joan» disponible íntegra en Youtube.

desembarcar, elegir herramienta para llevar a cabo la táctica según estrategias y objetivos marcados, buscar rutas de escape y zonas de seguridad, explicar todo esto a su unidad y asegurarse de que lo comprendan entre el caos organizado. Y todo esto viendo siempre por la realización correcta, eficaz y segura de sus operaciones, bien en ataque directo —apagando las llamas con batefuegos y descargas de medios aéreos—, o en ataque indirecto —eliminando la vegetación con motosierras y herramientas manuales para romper la continuidad del combustible—.

La función principal de un técnico de helitransportada es crear un equipo cohesionado que tenga confianza en sí mismo y en su líder. Debe organizar el día a día en la base para cuidar todos estos aspectos a través de formación, ejercicios y entrenamientos para que, cuando suena la alarma, las decisiones del técnico no sean cuestionadas y trabajen todos por un objetivo común.

Ante este ambiente adverso, los que nos dedicamos a esto lo sabemos bien, las emociones siempre están a flor de piel. A menudo necesitamos tiempo para valorar todo lo vivido adecuadamente. Esos sentimientos, a veces exagerados o confusos, se quedan contigo para siempre y ya forman parte de tus miedos e inseguridades. Pero esas experiencias, imprescindibles para tu crecimiento, también te aportan alegrías y suman confianza.

Así que es fácil imaginar que este texto naciese desde la necesidad de desahogo ante algunas situaciones vitales ingratas, pero también desde el repaso de otras anécdotas más agradables y divertidas. Porque todos esos momentos deben ser recordados, para poner las cosas en su sitio, hacer balance y tirar para adelante.

Raúl se ha atrevido a hacerlo, a contar cómo se ha sentido durante estos años. Desde su experiencia, en su base, cerca de su pueblo, ha plasmado a la perfección cómo nos sentimos en muchas ocasiones.

Con respeto a las víctimas recogidas en el relato.

*A mi padre, que se ha hecho mayor.
A mi madre, porque no hay más que una.
Y a mis hijos, a ver si así un día lo leen.*

Azul

Hay personas que tienen una canción, una melodía o una banda sonora asociada a un momento de su vida, a un instante o una etapa. En mi caso, mis casi veinte años dedicados a esta profesión de la extinción de incendios forestales los he sentido siempre ligados a una sugerente canción de Antonio Vega, poesía pura, que muchos venimos a llamar «Azul», y que, cosas del azar (o no), mucho tiempo después descubrí que en su letra hace referencia a esa relación que el músico mantenía con su particular Edén, mitad libertad, mitad prisión.

Todo viene de mi primer vuelo en helicóptero. Por aquel entonces se volaba en un único aparato. En él nos metíamos los dos pilotos sudafricanos, el mecánico que hacía las veces de traductor, la totalidad de la brigada con sus diecisiete componentes y todo un arsenal de herramientas para combatir el fuego: pulaskis, macleods, batefuegos, mochilas de extinción, extintores de explosión, la antorcha de goteo y las dos motosierras. Se sobreentiende así que el helicóptero, un Puma, era un maquinón de enorme tamaño, pero aun con todo viajábamos como sardinas en lata, ocupando cada brigadista uno u otro asiento en función de los kilos que pesase por eso de compensar y facilitar el vuelo al aparato. Aquellos primeros vuelos los vivíamos como una auténtica aventura y no era raro que los pilotos nos premiasen con alguna pirueta, como aquella en que elevaban el helicóptero para

acto seguido dejarlo caer como si de una montaña rusa se tratase. Inconsciencia pura, no sé si la de los pilotos, pero sí la nuestra, que jaleábamos aquellas maniobras como quien pide otro bis de su estrella de *rock*.

Pero volviendo al hilo de lo que te quería contar, ocurrió que en uno de esos vuelos de entrenamiento nuestros pilotos nos llevaron hasta la laguna de Gallocanta. Supongo que, al no conocer la zona, fueron atraídos por la enorme mancha azul que dibujan los mapas, pensando sin duda en la posibilidad de tomar agua para cualquier entrenamiento o para la extinción de un incendio cercano.

Gallocanta y su laguna están ubicadas sobre un inmenso altiplano definido entre algunas sierras menores, de tal forma que alrededor de la laguna se extiende una enorme llanura cerealista de infinitos horizontes. Su situación, por encima de los mil metros de altitud, hace que te sientas tocando el cielo. Especialmente en esos atardeceres profundamente gélidos del invierno cuando, con la puesta de sol, miles de grullas dan vida a un cuadro de colores donde la luz, tan limpia, es capaz de pintar estampas de una belleza sobrenatural.

La laguna en invierno presenta una extensísima lámina azul de agua, pero con el verano y sus largos días de calor, el agua se evapora hasta dejar expuesta una igual de extensa costa de sal blanca. Así es su ciclo natural. Sin embargo, en aquel junio de 2003, después de una lluviosa primavera, la laguna todavía conservaba un volumen de agua importante de modo que a los pilotos sudafricanos no se les ocurrió otra idea mejor que hacer un vuelo rasante sobre ella. Con el paso del helicóptero a escasos metros del agua, una multitud de aves levantaban el vuelo huyendo aterradas de nuestro ruidoso pájaro de hierro. Y ahí dentro estaba yo, apretado entre mis compañeros uniformados, estirando el cuello hasta la pequeña ventanilla que me dejaba contemplar aquel espectáculo (mitad violento, mitad de una evo-

Buscando emociones

No llegué al mundo de los incendios para quedarme. Fundamentalmente porque cuando lo conocí aquello era solo un trabajo temporal de verano, y eso, sin otros trabajos complementarios, se dibujaba de corto futuro.

En cualquier caso quise probarlo porque, solo la cercanía de la base de Daroca a mi aldea, en un territorio sangrado demográficamente y sin apenas salidas laborales (*España vaciada* lo llaman ahora), ya lo convertía en una valiosa oportunidad. Así que de ese modo tan poco convincente fue como decidí iniciarme en este oficio de la extinción de incendios, viajes en helicóptero incluidos, aunque fuera de forma temporal.

Pero en realidad, estrictamente hablando, no iba a ser esa mi primera experiencia apagando llamas. Tuve una muchísimo antes como voluntario, durante el verano de 1994, en el incendio de Paternoy (Huesca).

Aquel año pasó a la historia de los incendios forestales en España como el más funesto de su década, calcinándose más de 430.000 hectáreas, con noventa y dos Grandes Incendios² que ya superaron por ellos mismos las 335.000. Aragón no se libró

2 Por *Gran Incendio Forestal* se entiende aquel que supera las 500 hectáreas forestales (es habitual que en el incendio se queme también superficie agrícola). En el argot de la profesión los llamamos G1F.

de aquella ola y aquí se sucedieron incendios tan potentes como los de Villarluengo, Nonaspe, Uncastillo o el propio de Paternoy.

Yo, por aquel entonces, con veintiún años, estaba estudiando la carrera de ingeniería forestal, por lo que, no sé si atraído por una de mis posibles salidas laborales, por eso de ver amenazado un espacio tan emblemático para los aragoneses como la sierra de San Juan de la Peña, por la impotencia de ver en la televisión tanto monte quemado, o directamente atraído por la búsqueda de emociones fuertes, no dudé en subirme al coche y recorrer las dos horas que me separaban del incendio.

Recuerdo haberme metido con el turismo por una pista desde el pueblecito de Arbués, orientado por la columna de humo y siguiendo a otros vehículos. Obviamente no tenía maldita idea de lo que era un incendio y, por supuesto, cualquier equipamiento apropiado brillaba por su ausencia.

Al rato, aquella pequeña caravana de vehículos por fin alcanzó destino en una estrecha explanada, dentro de una zona montañosa donde se alternaban sus correspondientes cerros y vaguadas. Recuerdo zonas más despejadas con vegetación de matorral, como donde aparcamos los vehículos, frente a otras cubiertas de pinos y robles, como en las que poco después nos meteríamos caminando.

Así que allí estaba el «dispositivo de extinción», compuesto por un retén forestal de cuatro o cinco hombres bien equipado con el EPI³ del momento, un par de agentes forestales, paisanos de la zona, un grupo numeroso de soldados del Ejército de Tierra y el que esto escribe. El caso es que, para bien o para mal, mi carencia de equipamiento no llamaba nada la atención, pues allí contaba más la buena voluntad que el equipo o las herramientas de que pudieras disponer. Los militares, por su parte, iban solo vestidos con su habitual verde caqui y su gorra, con algunos ba-

3 EPI: Equipo de Protección Individual, en este caso de incendios forestales: mono, casco, gafas de protección, guantes y botas.

La bestia

En aquella ocasión de Paternoy ni siquiera pude llegar a ver con claridad a *la bestia*. Apenas sentimos su cercanía, optamos por retirarnos.

Creo que fue Franco, mi amigo, capataz y memoria viva de la BRIF⁴ de Daroca, a quien le oí denominar así por primera vez al frente de llama. Y en poco tiempo el nombre de *la bestia* fue adoptado por todos los compañeros para referirnos a esos llamarones que llegan a encoger el corazón. Porque *la bestia* no se deja ver en todos los incendios, claro que no. Lo habitual es que esté dormida o jugueteando, dócil ante el golpe de un batefuegos, el chorrito de agua de una mochila extintora o el impacto de una descarga de agua desde un helicóptero. A veces corona un pino o una chaparra con unos segundos de intensidad, pero inmediatamente vuelve a bajar y muestra su lado más manso. No, claro que no. Esa no es *la bestia* a la que nos referimos.

La bestia se deja ver cuando avanza entre un bosque de pinos de ocho o quince metros de altura que arden como si fueran un montón de cerillas, lanzando unas llamas que duplican o hasta

4 BRIF: Brigada de Refuerzo de Incendios Forestales. Pertenecientes al Ministerio, comenzaron su andadura en 1992 hasta llegar a las once actuales. En el epílogo de este libro se explica el origen y la historia de este dispositivo.

triplican la altura de los árboles, emitiendo una intensidad de calor que te obliga a alejarte varias decenas de metros para poder soportarlo. Y gritando. Porque el bosque cuando arde, *chemeca*, grita. Lanza sonidos amenazantes, como rugidos agresivos y armónicos a la vez, porque en la naturaleza hasta la depredación más cruel tiene algo de armonía. Fuego vivo, calor extremo, humo negro, vientos erráticos y gritos. No hay persona que no se sienta pequeña, con respeto y un profundo temor, ante *la bestia*.

Si tienes ocasión de verla, siempre te dice lo mismo: «¡Oye vosotros! ¡moñacos! Hoy no estoy para bromas, ¿me habéis entendido? Quitaos de ahí y marchaos a jugar a otra parte. Hoy no hay amigos ni acepto reproches lastimeros. ¿Os queda claro? Dejadme tranquila devorando el bosque. En un par de días ya me habré ido. ¡FUERAAA!».

Yo, para ser sincero, en todos mis años de profesional no la he visto de cerca en más de una docena de ocasiones, y lo mejor es dejarla estar o, a lo sumo, tratar de engañarla trabajando a varios cientos de metros, a los lados o a su espalda, donde ni siquiera te pueda ver.

Pero os digo una cosa. Como dicen los viejos de los pueblos, el fuego es traicionero. Que ¿qué sabrán los viejos de incendios? Es verdad que de incendios quizás no sepan mucho en comparación con cualquier universitario con máster, pero algo saben por el hecho de ser viejos y haber vivido toda su vida en el campo. Cuando te dicen que el fuego es traidor, te lo dicen por algo.

Si te viene un frente de llama de varios kilómetros de ancho con veinte o treinta metros de altura, ya sabes dónde te estas metiendo. Pero ¡cuidado con esos otros fuegos de media intensidad! Yo al fuego le he visto hacer cosas extrañas, inesperadas. Da igual cuánto lo mires y lo estudies. Siempre es más listo que nosotros, y te lo puede demostrar en el momento más inesperado. Son como apariciones fugaces de *la bestia* pero sin llegar casi a verla. Zarpazos. A mí me gusta pensar que el fuego y el ambiente

Dejen paso a los profesionales

En junio de 2003 empecé a trabajar en la BRIF de Daroca como peón (la leve mejora en la categoría profesional como peón-especialista no llegaría hasta unos años después). Hacía unos años que había terminado la carrera, la cual me abría las puertas a ocupar el puesto de técnico de brigada o cuadrilla helitransportada (el jefe responsable de dirigir el grupo), pero no me lo planteé como inicio. ¿Dirigir una brigada con experiencia cero? ¿Enfrentarte a un fuego y velar por la seguridad de la brigada sin rodaje anterior alguno? No parecía demasiado responsable.

Pero por aquellos años la realidad del oficio no era tan estricta, resultando ser bastante común que la gente ocupara esos puestos de responsabilidad solo después de recibir un curso formativo con el pasaporte de la titulación universitaria y una entrevista de trabajo como únicos requisitos.

De hecho, entrar en una BRIF en el puesto de técnico requería supuestamente la realización previa de dos campañas en otras cuadrillas helitransportadas. Pero otra vez la realidad era en ocasiones muy distinta y aquello tampoco se cumplía.

Eso, en los puestos de los técnicos BRIF. En el caso de los capataces, responsables de dirigir cada una de las dos cuadrillas que componen la brigada, o el perfil de los peones, siete en cada cuadrilla, no era tampoco mucho más halagüeño. En el primer caso, con muy poca experiencia de peón podías tener la oportu-

nidad de ocupar una plaza de capataz; y en los puestos de peón, pues sencillamente entraba todo el mundo ya que no era raro que faltase gente para cubrir las vacantes.

¿A qué se debía tan bajo nivel profesional? Sin duda a la precariedad de lo temporal. Trabajar en incendios suponía cubrir solo una campaña de verano de tres meses y medio de duración, y esto generaba una rotación en los puestos de trabajo enorme.

El puesto de técnico no era más que un empleo de paso o un trampolín para promocionarse en la empresa y alcanzar otro puesto ajeno a los incendios y con mayores garantías laborales. Raro era encontrar un técnico que acumulase más de tres campañas. Antes de eso, y aunque les gustase su trabajo, acababan por buscarse la vida en otra cosa. Y algo similar pasaba con capataces y especialistas: estudiantes, opositores de bomberos, agricultores a tiempo parcial y buscavidas errantes nutrían una plantilla que con dos o tres campañas te convertían, al menos así era en la BRIF de Daroca, en un auténtico veterano del grupo preparado para promocionar a capataz.

¿Profesionalidad? ¿Con un estado de forma física en el caso de algunos compañeros muy limitado? ¿Con técnicos recién llegados al oficio? ¿Con motoserristas que apenas sabían afilar su herramienta? ¿Con grupos enteros de brigadistas bien dados a la fiesta que podían subir a trabajar todavía cargados de alcohol con dos, una o ninguna hora de sueño en pleno 15 de agosto? Sé de alguna base helitransportada donde las fumadas de porros dentro del mismo centro de trabajo eran antológicas. ¡Y así que salían hacia el incendio si tocaba la sirena!

La dinámica laboral creada en el gremio era la que era, donde la juventud y esa percepción de trabajo temporal de verano y aventura marcaban un perfil de profesionalidad cargado de defectos y malas costumbres.

Y eso se trasladaba al día a día de la vida en la base, cuyas instalaciones, en la misma línea que todo lo demás, se caracteriza-

